

A lo lejos los perros iniciaron una larga lluvia de ladridos y, sobre las paredes, comenzó a aparecer el rocío en imperceptibles gotas escurrientas que torcían el camino largo de las hormigas...

FELIPE ORLANDO

BEN
82-3
ORL
con

FELIPE ORLANDO



Conversaciones con la *médium*

Fotos Pepe Ponce



Colección *La Marea*

Arroyo de la Miel
Sig.: BEN 82-3 ORL con
Tít.: Conversaciones con la medi
Aut.: Orlando, Felipe
Cód.: 1000937037 R.32434 FL



FELIPE ORLANDO nació en Tenosique, Tabasco (México) en 1911. Pero desde los seis años vivió en Quemados de Güines (Cuba), cubanizándose hasta el tuétano. Sin embargo, como ha recordado Gastón Baquero, «quien sería un novelista de lo cubano más puro, y un pintor del aire, de la niebla, de la misteriosa atmósfera del campo cubano, nunca cortaría del todo su raíz mexicana, ni en lo espiritual ni en lo geográfico». En 1930 ingresó en el Taller de Pintura de Jorge Arche y Víctor Manuel en La Habana Vieja. En esa época fue co-director de la revista Hélice, cerrada por la dictadura. Su primera exposición personal se realizó en el Lyceum de La Habana en 1936. Un año más tarde contrajo matrimonio con la pintora Concha Barreto. A partir de 1941 comenzó a simultanear la pintura con la escritura. Como escritor, es autor de una docena de títulos, entre los que destacan «Diez pintores del mundo» (1945), «Leonorilda eleva el pensamiento a las alturas» (Premio Netzahualcoyotl de México, 1973), «El lento domingo del perro» (1973), «Dos gardenias para Miguela Carabela» (1973) y «El perro petrificado» (1993). En su obra es fundamental el humor, unido a su memoria querenciosa de lo criollo cubano. Desde los sesenta vive en España, siendo director del Museo Arqueológico Municipal de Benalmádena. En 1989 falleció su esposa y dos años más tarde se casó con Marina Lara.

TRAS LA TOSTA DE FELIPE ORLANDO

FELIPE ORLANDO



Conversaciones con la *médium*

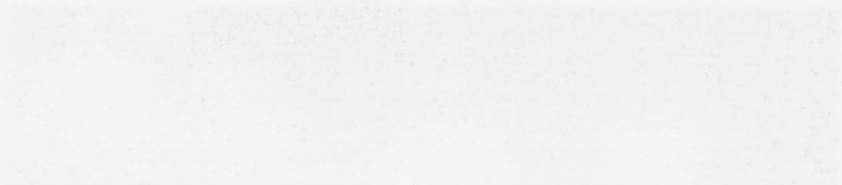
FOTOS PEPE PONCE

R.32434



Colección *La Marea*





IN SENATE,
January 1, 1891.

REPORT
OF THE
COMMISSIONER OF THE LAND OFFICE,
IN RESPONSE TO A RESOLUTION
PASSED BY THE SENATE,
MAY 1, 1890.

ALBANY:
J. B. LEECH, STATE PRINTER,
1891.

NEW YORK:
J. B. LEECH, STATE PRINTER,
1891.



ALBANY:
J. B. LEECH, STATE PRINTER,
1891.

Hace años, creo que fue en el 93 del pasado siglo, por fin conocí a Felipe Orlando, gracias, todo hay que decirlo, a una exposición individual que organizó Alfredo Viñas en su espacio de Denis Belgrano a la que acudió el personaje, por cierto, transformado en un artista del que hasta esa fecha no había oído hablar: confieso aquí mi estigia laguna que se llenó de agua clara, manantial sereno, cuando se inició una conversación que se alargó más de la cuenta. No hace falta explicar cuánto congeniamos.

No podía ser de otra manera. Al amparo de la buena literatura, del barroco insular, de Lezama Lima y Severo Sarduy, Orlando fue desgranando, poco a poco, sus años en la Habana intelectual, aquella de los adjetivos imprevistos, después, Orlando *se dejó ir* en comentario largo y cálido sobre La Habana hueca y putera de los años treinta, cuando el dictador Machado, prolegómeno de Batista, prolegómeno de Castro, le perseguía por revolucionario, por nudista, por pintor, por mexicano y por lector de versos.

Ahora, siete años más tarde, vuelve a mi memoria el *abrasivo* encuentro con Felipe Orlando en la galería Viñas bajo la advocación y taumaturgia de aquellos lienzos, de tan colorados casi sanguinolentos, y algún azul magenta con nívicos estallidos para despistar a la platea; manchas de determinación abstracta que escondían un mundo de santeros y sexo, de evanescencias nítidas, universo del color, donde la mancha es símbolo, signo, significado y metáfora literaria: cóctel explosivo de un hombre que no ha cesado de buscar *buscándose*, buceando entre la palabra y el lienzo, entre el estudio, la repetición, el acabado formal y una energía interior que le impedía abandonar un lienzo a su maldita suerte como le impedía permanecer durante mucho tiempo en una ciudad o en un país adoptando sus neurosis: la piel es geografía para algunos, la patria no tiene fronteras, el arte se expande sin límites y el caso de Orlando, nómada entre nómadas, habla por sí mismo.

Y es que no podía, no puede, ser de otra manera. Pintor y escritor, y viceversa, que casi es lo mismo cuando uno se siente arrastrado a la vez por el abismo de la imagen y del verbo, Orlando ha tratado con hombres y con *nombres* que han hecho universal al ya de por sí gran Caribe: Lezama, Tamayo, Gabito Márquez, Botero, —que luego se olvidó de su amigo, oronda grasa de la memoria—, Sarduy,

Gastón Baquero, y un sinfín de continentales: Paul Westheim, Jean Paul Bloch, Manuel Altolaguirre, Braque, Klee, Frank Rebajes o Jorge Luis Borges, continental del sur con quien mantuvo correspondencia, entre muchos otros.

Desde finales de los años cincuenta, quizá por la influencia de un santo llamado Bernabé, lo encontramos establecido en Benalmádena donde se convirtió en director del Museo Arqueológico; en realidad, con aquella donación precolombina Orlando *hizo* aquel museo, lo definió, lo elevó a altares históricos y arqueológicos. Aquella colección de su propiedad vagó por medio mundo tras las huellas de su dueño, el pintor/antropólogo/escritor Felipe Orlando y, por fin, vino a dormir a nuestro litoral costero.

Orlando Furioso, como le llama Luiso Torres, Orlando Curioso, Orlando Misterioso y Categórico, como gusta al metacreador que lo definan; sus lienzos reclaman un rayo de luz eléctrica, son magmas de color que atrapan y embaucan a la mirada y su prosa brilla en algunos pasajes como la de los mejores maestros de la pluma.

En *Orlando*, título de una novela de Virginia Woolf inspirada en la también escritora Vita Sackville West, un personaje aparecía y desaparecía proyectado en el tiempo, desde la época de la Reina Virgen hasta nuestros días; pues bien, valga este homenaje al *panartista* Felipe Orlando cuyo arte resuena, sigue resonando y resonará hasta la misma luz. Hago mío un verso de Sarduy, al que se le iban las mientes por los diosillos cubanos, Changó, Ochún, Oyá, y se lo dedico a Felipe Orlando, que también sabe de dioses:

¿Quién no ha probado un anón
a la sombra de un ateje?
Danae teje y desteje
el tiempo de oro y ron.
Empalagoso y dulzón
para el gusto no avezado;
ni verde ni apolimado
el paladar lo disfruta.
Fruta no: pulpa de fruta.
Goce: mas goce al cuadrado.

Alfredo Taján

Conversaciones con la médium

Felipe Orlando

7

Abrió la boca traspasado por las luces que cruzaban las verdes nervaduras y las burdas y recias pajas de los nidos. Aspiró con esfuerzo y luego de retener el aliento, haciendo una rápida digestión de aire, lo echó con un sonido de tripas sacudidas. De aquel modo salió muy grueso pero demasiado seco para ser notado. Al ser expulsado pasó por el mismo centro de los dientes, estriados de un siena opaco, e hizo temblar tres finas hojas dentro del espejo del sol.

—¡Qué extraño! —dijo una voz bajo el árbol—. ¡Hay olor a viejas gandingas en el aire!

Le pareció escuchar un tren en la lejanía y hasta levantó la cabeza para verle el humo en el cielo pero supo, casi en seguida, que lo que estaba sintiendo era otra llamada. Contrariado, apretó los párpados y dejó de hacer el ejercicio respiratorio quedando ingravido pero aún sujeto por las luces y el saliente de pajas de un nido, como prendido a él con ese afán de tirar de los globos atrapados en los

hilos del telégrafo. Por último se desprendió y se confundió en el aire naranja de la tarde al tiempo que el gallo, debajo del árbol, perseguía a una gallina blanca con la ferocidad insistente del deseo.

—Hay una niebla muy intensa —dijo la médium—. ¡No se alejen! Mantengan el contacto mental!

Aspiró hondamente estremeciéndose en convulsivos y rápidos temblores eléctricos; luego dejó caer las manos y quedó silenciosa y con los ojos cerrados. Tenía las manos largas, nudosas, cruzadas de venas finísimas. La piel se arrugaba en hondonadas horadadas por el churre; por esa suciedad doméstica en la que interviene el polvo, el fondo quemado de las cacerolas y la grasa rebelde que se adhiere con fuerza a las sartenes.

—Hay una niebla muy intensa —repitió la médium—. Concéntrese. Volveremos a tomar el fluido astral. Los buenos seres...

Sorbió el aire con violencia. Los músculos del cuello se hicieron tensos y los flácidos senos se levantaron por un momento ofreciendo algo semejante al nacimiento de la hoja en el cuadrado de hielo. El olor era acre. Estaba compuesto por una mezcla de colillas con humedad de las viejas telas polvorientas que cubrían las ventanas.

—Es él otra vez —dijo—. Ahora está sentado y tiene el sombrero negro de anchas alas. ¡Qué ojos más penetrantes! ¡Qué serenidad!... ¿Quieren preguntarle algo?

—Si me hace el favor, hermana...

—Más concentración —siguió pidiendo la médium al mismo tiempo que

echaba hacia atrás la cabeza—. No se puede pedir demasiado a los seres que nos favorecen con su presencia y que recibimos, a través de los fluidos, en estas...

Tosió y volvió a hacer repetidas aspiraciones.

(Piero di Cosimo espera en el cruce que la luz verde le conceda paso. En proceso ascendente piensa en la apasionada humildad de Filippo Lippi raptando a la joven monja; en la muerte de Procris con el paisaje de perros lejanos, en el huevo de avestruz preferente en el gran fresco.

La turbia y corrompida canalla de los Pugliese y los Vespucci le late en el páncrea. Viaja un momento por ese mundo contemplando cómo la fina lluvia derriete con lentitud sus viejas costras. La luz cambia. Una mujer peda a su lado. Le impulsa la ola de carne nerviosa que pasa.

Trozos de papel de periódico, cáscaras de patatas y delgadas pieles de cebollas. Sobre el mar de la lluvia hay una arcaica atmósfera acre y nebulosa. Forma esa ristra de gárgaras que se hacen con el cuello estirado diciendo: quattrocento... quattrocento, y vienen a morir cuando se dice: ¡mierda! y se escupe el líquido que tiene sabor a pasta dentífrica con remotas infiltraciones de jabón. (La monja se llama Francesca y acaba de cumplir 17 años. Filippo le hace cabalgar sobre sus gruesos muslos. Es aún doncella. Forma parte del plan resistir a las tentaciones y, con ello, incrementar el deseo.)

—Vamos a tener paciencia. Vamos a concentrarnos. La luz nos llega en el centro de los fluidos. Es el mismo espíritu de la otra vez. Casi siempre aparece perturbado por la oscuridad. Ahora es un ser de luz que...

La médium se llevó las manos a las sienes y las apretó. Las venas surgieron

como tensas cuerdas. La concentración y el esfuerzo le habían hecho unas estrías muy raras e intensas de color azul. Con los ojos cerrados recitaba ininterrumpidamente (¿cómo podía hacerlo sin respirar?) una letanía incomprensible e inaudible.

En ese momento él sintió la insistencia de la pierna por debajo de la mesa. El primer toque podía haber entrado en lo casual pero ahora se repetía. Seguramente tendría medias baratas o ya llevadas, más de una vez, al zurcido invisible. Estaba a su izquierda pero no quería mirar; prefería entrar en lo especulativo, en el mundo donde el goce se empareja con lo imprevisible y la sorpresa destroza la lógica. Sonrió al notar el borde de la sandalia (carecía de tacón y el cuero de la suela era delgado) en el tobillo. La letanía de la médium comenzó a levantarse en golpes cortados semejantes a los que produce el golpe del carnicero sobre un trozo de res. Aún sonriendo percibió el olor en el cual distinguió claramente el leve sudor, adherido y secado en el vello del cuerpo, y el residuo de un perfume semejante al cuero envejecido, humedecido y tenazmente golpeado. Al tiempo que la rodilla presionaba sobre el muslo repitiendo el juego erótico del tanteo oscuro, él creyó oír entre crujidos algo que se contraía en un afán de retorno.

—Las criptas, los cimientos, las excavaciones —dijo la médium con voz clara, fluida, de entonación media y como recitativa— revelan la sumisión, la vergüenza señalada por los antiguos que preferían dejar en la oscuridad del tiempo las señales de su existencia...

—No es eso, hermana —dijo una voz a su lado—. Es que tenemos la preocupación de que se ha marchado sin decirnos...

—Si todos hacemos un esfuerzo lograremos el regreso. Enlacemos los fluidos. Encadenemos la fuerza al unir las manos. Hagamos...

Al sentirle la mano notó una tendencia, de desprendimiento en las articulaciones, que le hizo entrar en la preocupación. Los campos se indujeron estableciéndose en capas paralelas de las que surgieron dos posibilidades afines aunque no colocadas para hacerlas llegar a la obtención del mismo objetivo. Podía tratarse de una institutriz soltera, con manías de higiene funcional, aprovechadora de recodos...

II

—Acércate —dijo la médium—. Siento el rumor del mar y un cosquilleo de pelos en la nariz. La nebulosa... ¡Ah!...

Se escuchó un sonido interno muy similar al producido por el aire al correr por los intestinos. Al detenerse dio paso a una larga serie de aspiraciones y sacudidas nerviosas. Alguien se agitaba, al mismo tiempo, sin soltar las manos vecinas.

—De entre los cielos móviles —dijo una voz apenas audible y con la calidad del papel secante—. Movidos por los ángeles vienen los imperios, los dominios, las potestades...

(Piero di Cosimo ve caer, desde el quicio los finos hilos del agua cruzados por las luces de los anuncios. Mañana pintará, en el cuello de la Simonetta, una serpiente enroscada. Ve un dedo de neón surgir entre la incierta humedad de lo alto. Le sigue un frasco: Néctar embotellado. El exótico murmullo de las burbujas pronuncia: ¡Tómame!

—Apesta —dice el señor Pugliese— pero es muy comercial.

¿Sabes qué pagará por su Procris el Museo Británico?

Mientras la médium recitaba su salmodia, interrumpida ahora por cortos accesos semejantes a los de Margarita Gautier, él comprobó que la falangeta que apretaba, en correspondencia a los signos recibidos y que recordaban el picotear de un ave hambrienta, estaba cubierta por una delgadísima piel, de pared sobrecogedora, que permitía sentir las humedades del hueso. Pensó en el viejo canto sobre las bodas fúnebres y contuvo la risa que, al no salir por la boca, afluyó por las orejas y lo dejó sordo por unos instantes. La rodilla, presurosa e inquieta, se clavaba ahora en el muslo con fogosidad insistente. A su derecha una mano blanda, paposa y húmeda que guardaba la consistencia espumosa del sapo y tenía la repelencia de lo malsano. La transmisión prolongaba algo en un continuo suspirar, semejante al que dice estar echando el bofe, de manera parsimoniosa y estudiada. Tenía cerrados los ojos y abrió levemente el derecho. El espacio visual quedó cubierto por un cuello delgado, con arrugas de continuidad, colgantes y diminutas, que se contraían y normalizaban a medida que la saliva pasaba.

¡Está aquí otra vez! —dijo una voz en la que se mezclaban las breas del tabaco y las ramificaciones de pólipos nasales.

—Hermanos —dijo alguien que hablaba con desesperante lentitud—. En La Corte Suprema del Arte le tocaron la campana apenas iniciado el canto. Hasta entonces él no había sido más que un espectador, un gozador de triunfos y fracasos, un contemplador entre la nube densa de pirujas sodorosas que se atropellaban por empollar, en los asientos de tijeras, las nostalgias y los entusiasmos de las contenciones sexuales y de los relatos de carencias. Murió recordando la voz insinuante e insolente que le entregaba el «obsequio de consolación»: una pequeña lata de aceite.

—Vexilla regis prodeunt! —dijo la médium.

Al salir había un azul carbonado y sucio estremeciéndose en el aire. La humedad se pegaba al cuello con la insistencia del perro amarrado. Caminó con el conocimiento del ojo en la espalda.

13

Oyó venir el golpe nervioso de las sandalias y, sin detenerse, volvió el rostro para contemplar el mezquino conjunto del que surgía una sonrisa amarillenta. Pasaron en silencio por los lados de una alta reja donde tres pintores cubrían los largos barrotes con mezclas de óxidos rojos en vestido protector a lo que congrega la muerte del hierro: desde las toses hasta los viejos polvos que, con el excremento de los pájaros, hacen la mugre ácida, de lenta herida, que herrumbra el metal y lo hace trocitos cortos y aplastados y quebradizos.

—¿Qué eres: una piruja, una desesperada o una nueva forma de imposición amorosa? —preguntó él.

—Son apariciones obligadas como ya sabes —contestó ella.

Me revientan esas invocaciones. En cuanto a tus sospechas puede que esté tuberculosa aunque no creo haber tenido vómitos de sangre.

—No es necesario —dijo él rápidamente—. Mi tía murió tuberculosa y nunca sufrió hemoptisis. Tú tienes tejidos óseos muy endebles.

—Espera —dijo ella—. No debemos cruzar la calle ahora. Tóname del brazo. Llévame cuando cambie la luz. Seguimos siendo animales obedientes.

—Lo que ocurre —dijo él— es consecuencia de aquella atmósfera.

—¿Percibiste el olor? —preguntó ella y continuó sin respuesta—. Era como el de esos papeles que se pudren en los charcos.

Él observó que los senos eran poco protuberantes. Quizás a causa del pecho levemente hundido. Los adivinó muy blancos, erguidos en un campo plagado de senderitos intercruzados, con las costillas salientes en un esqueleto compuesto por finas conformaciones cálcicas semejantes a husos amarillos.

—Mi tía —dijo él— recorría los especios llevando un portaesputos que los criados quemaban rociándolo primero con alcohol. La higiene iba tras ella con los pies vendados.

—Pero —dijo ella—. No hay seguridad hasta no ver los bacilos. De los recuerdos solamente me queda el patio con su bosquecito de urticáceas, el negro que me hacía cabalgar a caballito pelado sobre sus rodillas y el poso con la cuerda de siempre sujetando la lata enmohecida. Podemos imaginar que después, en el espacio de vida que hizo conmigo, el jarrito de peltre constituyó la base de sus recuerdos. Digamos que estuvo en sus manos torpes y recibió sus babas infantiles y sus caldos y sus agüitas o, sencillamente, él creó todo ese mundo de relación y lo habitó después de hacer vivir el mito.

—Puede ser dramático —dijo él— pero sin el estúpido cascarón ostentoso de lo que llaman dignidad. Disfrutamos ahora de lo que carecemos. Nuestros huesos ya son viejos polvos dispersos.

—Fue un laberinto de ardides —dijo ella—. Las consecuencias se revirtieron y él, defraudado y angustiado, no lo perdonó nunca. Su acción no encontró resistencias ni compartido entusiasmo. Él, sin mirarla, percibió un agudo olor a bellotina y ello le trajo el recuerdo del reloj del abuelo que tenía una escena de caza en el reverso y una larga cadena que se sujetaba, por una rara presilla, al ojal

de la solapa. El reloj era extraído cuidadosamente, visto de semiperfil, como con cara de trescuartos, y, cuando se le preguntaba, el abuelo decía la hora con voz pausada y patética que guardaba relación con su paraguas, brillante y enfundado, con el que salía siempre menos en los días de lluvia en los que invariablemente lo olvidaba para aparecer después, lleno de escalofríos y toses, siempre dispuesto a meterse en la cama y tragar una infusión caliente que le preparaba la abuela. Mientras dormía, el reloj reposaba en la mesa de noche en cuya parte inferior había un orinal con el interior rosado y unas flores azules, como campánulas, trepando por los bordes. Aprovechando el profundo sueño él se acercaba y se apoderaba del reloj, objeto sagrado para el abuelo que consideraba siempre su préstamo o traspaso como ceder parte de la propia vida o pasar (lo pensaba él) la mujer a lecho ajeno. En verdad no le interesaba de manera especial el reloj ni su sonido, ni la escena de caza; sino el panorama ofrecido al abrir la contratapa, con las ruedecillas, los brillantes émbolos, los rubíes, la larga tripa enroscada de la cuerda y aquel curioso pedúnculo que, según supo después, era parte simple pero de relevante importancia en el mecanismo. Nunca fue sorprendido y el abuelo murió con el convencimiento de que su vida no había sido reducida ni él recibido, en su menguada cama, la visita de la abuela.

—Por un instante —dijo ella— sentí lástima. Después conocí que la lástima es la forma más vil de degradar.

—Generalmente —dijo él— hago mis ejercicios respiratorios sobre la copa de los árboles del jardín cercano. Es más grato a la vista aunque las hojas se traguen todo el oxígeno. De todos modos, aquí tienes mi verdadero refugio.

(Traspassando la pared de lluvia caen los fragmentos de luz y chocan con la calle. Encima del caótico canto de los pasos mecánicos, de las ruedas y los escapes, de los gritos y del jadeo; Piero di Cosimo contempla un ave enorme que atraviesa los altos edificios y riega, con sus grandes patas óseas, los humos de los automóviles sobre el asfalto. Tiene un ancho pico, algodonoso y verde, en cuya punta se abren tres agujeros respiratorios. El gran pájaro se detiene justo frente a él. Piero da una rápida vuelta para contemplar el enorme culo que se dilata espasmódicamente. Puede observar que la piel se estira y queda transparente como la débil inicial de la cebolla. Unas venas gruesas saltan y toman la configuración del nabo tierno. La punta del gran huevo comienza a surgir. Es de un blanco deslumbrante y, bajo la lluvia y las luces de neón, tiene la seca y severa claridad del titanio.

Al llegar a la parte central, los bordes dilatados del esfínter vomitan un resplandor de sangres. El huevo cae pesadamente y queda, escultórico y solitario, en el entronque de la sombra nerviosa de la noche.

Ella vagó un momento, retorciendo sus pasos oblicuamente, como si fuese estrábica, por aquel extenso espacio de desordenada carpa. Saltó sobre libros dispersos y empleó, al hacerlo, esos saltos cortos que vemos hacer a ciertas aves de río que dejan huellas de tenedor sobre la tierra húmeda. Al girar se le iban, a veces, fragmentos azules que tenía que ir a buscar debajo de las mesas. Cuando al fin quedó inmóvil dijo alegremente:

—Mi madre fue un caso de acostumbramiento efectivo. Era alta, delgada y estática. Tenía un perro del cual fue adoptando su conformación física y sus costumbres. El pelo le creció exageradamente, su estatura se redujo y el cráneo

comenzó a alargársele. En sus últimos años hablaba a ladridos y prefería, sobre cualquier otro alimento, las carnes sangrantes y las galletas pétreas.

—Así se empleó —dijo él—. A caradevíbora se le sometía al tormento y se le extraía el veneno que luego era vendido en las ferias, por merolicos voceadores, para sanar pústulas y otras manifestaciones de las sangres corrompidas. De esa manera los malsanos humores aceitosos se convertían en auténticos sanaculitoderana destinados a incrementar, junto con la fe curativa, la procreación animal en el humano.

—Mi padre —dijo ella mientras se despojaba de las sandalias— regresaba en el centro de las madrugadas encontrando siempre un gozque canallesco y ladrador al que alejaba mediante patadas estériles. Lo atrapó una noche. Le metió la mano por la boca, hasta el trasero y, volviéndole al revés, lo dejó tirado en la calle hecho un revoltijo de tripas agitadas.

La madrugada siguiente le encontró de nuevo, como los desollados flamencos, y la sanguinolenta reunión de intestinos volvió a ladrarle sólo que entonces los ladridos eran hacia dentro, opacos y...

Alguna ventana se abrió y entró el aire levantando minúsculas partículas de polvo, tan fino que se sabía suspendido en la penumbra. Entraron también dos abejas y atravesaron el cuerpo de ella, una por el cuello y otra por el vientre, a muy poca distancia del ombligo, con ese vuelo torpe que da la carga de polen y la torpeza del cuerpo mal construído.

—Entre los mitos inventados está el de la humildad del perro —dijo él— pero es aún peor el de la humildad del hombre cuando...



—Humildemente —interrumpió ella contemplando cómo las abejas regresaban hacia la imaginaria salida— trabajando para la ciencia, aquellos hombres eran llevados a receptáculos donde, mediante proyecciones y perfumes afrodisíacos, se les estimulaba para lograr de ellos perfectas eyaculaciones y poder estudiar los genes, los diminutos corpúsculos que se albergaban y nutrían dentro. De no haber sido humildes, de no haber cobrado miserables jornales para subsistir, la vileza de...

—Humildemente —interrumpió entonces él— mi madre siempre hizo falso alarde de sencillez. Usó el viejo ardid de la oculta fuerza en la aparente debilidad. Hay un vestido desechado en alguna parte, algo semejante a una gruesa nube entrelazada con finos listones dorados.

—Humildemente volveremos a mordernos la cola —dijo ella.

—¿Como ellos? —preguntó él.

—Poseían solamente una pierna —aclaró ella sonriente—. Fueron víctimas de los apostadores que los ayuntaron a esciópodas de cabello blanco. Sus estatuas aún viven en la isla de San Brandán.

—Está bien —dijo él—. Las conozco.

Ella comenzó a despojarse, en silencio, de sus ropas. Iba dejándolas en el camino hacia el gran lecho cuyo deseo era una inmensa nube de telarañas similares a las que aparecen en las escenas de El Hombre Vampiro y su mujer Doña Celeste. Al llegar, él se sentó en uno de los bordes y contempló el espectáculo de su estructura ósea comenzando por la alta bóveda del cráneo. En el suelo, entre cintas y encajes, se abría el vestido con olas de nubes. Ella dobló una pierna mos-

trando la planta del pie negra de churre y estriada de surcos rojizos. Al descender él vio los senos, breves y duros, reposando en el delgado y saliente costillar.

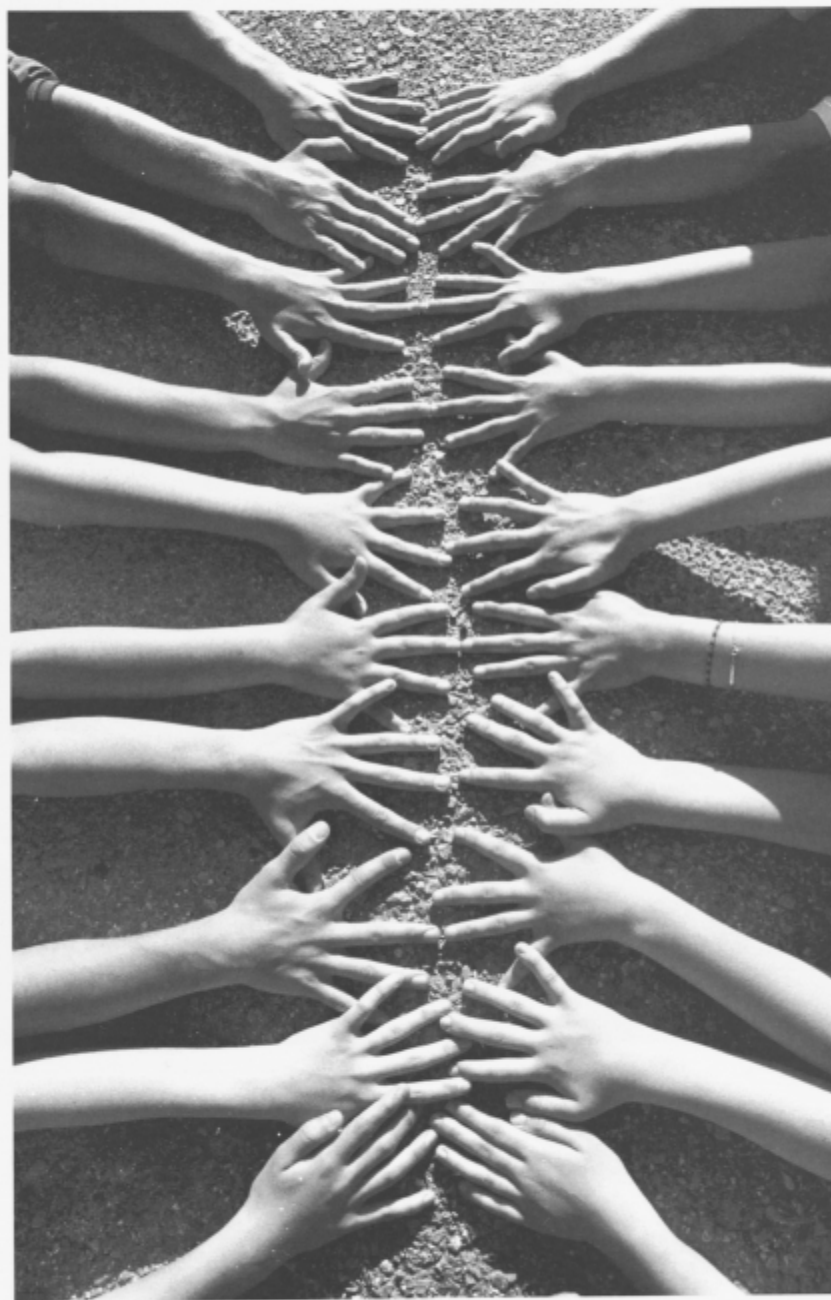
—Eres un hermoso instrumento de cuerdas óseas —dijo.

Se oyeron los primeros crujidos de la noche. Más allá de las sombras, cubiertas con un suave color lácteo, los crotos comenzaron a reverdecir y sus hojas a teñirse con los misteriosos jugos minerales que se infiltran en las nervaduras corrompiéndose en una arbitraria gama de colores resonantes. Alguien que orinaba en la oscuridad dijo «¡Qué mierda!» y tropezó con la vieja puerta de madera del jardín solitario. A lo lejos los perros iniciaron una larga lluvia de ladridos y, sobre las paredes, comenzó a aparecer el rocío en imperceptibles gotas escurrientas que torcían el camino largo de las hormigas y echaban su vaho húmedo en las intersecciones de las coyunturas.

Entre la inmóvil densidad él comenzó a percibir, otra vez, la insistente llamada. La sensación del tren en la lejanía tenía ahora la amortiguada fuerza impulsiva de la máquina de coser. Una mano de largos y débiles huesos se apoyaba en su pecho y la veía abrirse y cerrarse espasmódicamente como un pez recién extraído del agua. Se agarró a ella en el afán de la desobediencia pero la llamada se repetía y el aire desconocido del impulso se entraba ya en aquellos tejidos transparentes que se levantaban con él.

—¡Me llaman! —pudo apenas decir antes de soltar la mano.

La cremallera del tiempo



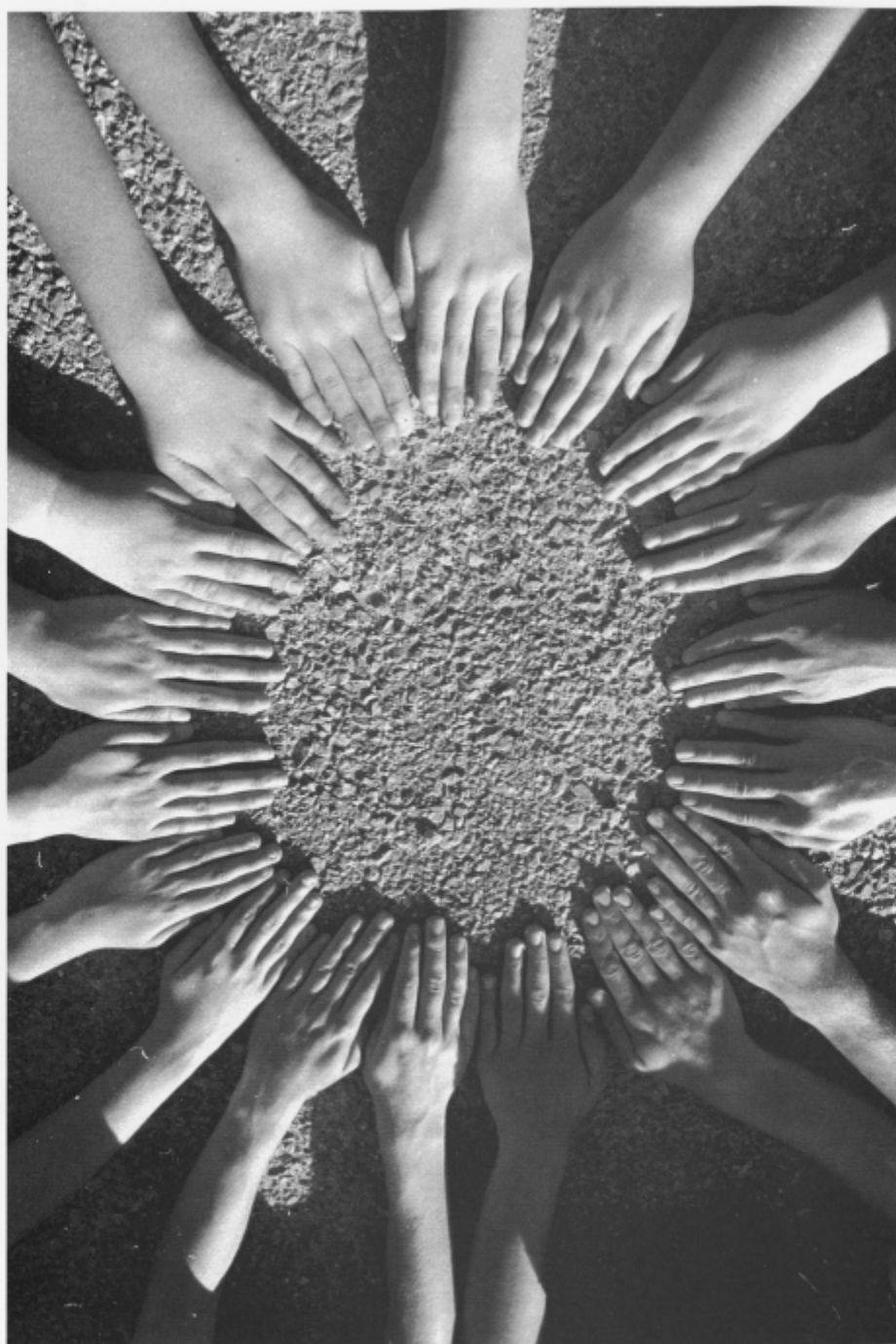
FOTOS PEPE PONCE

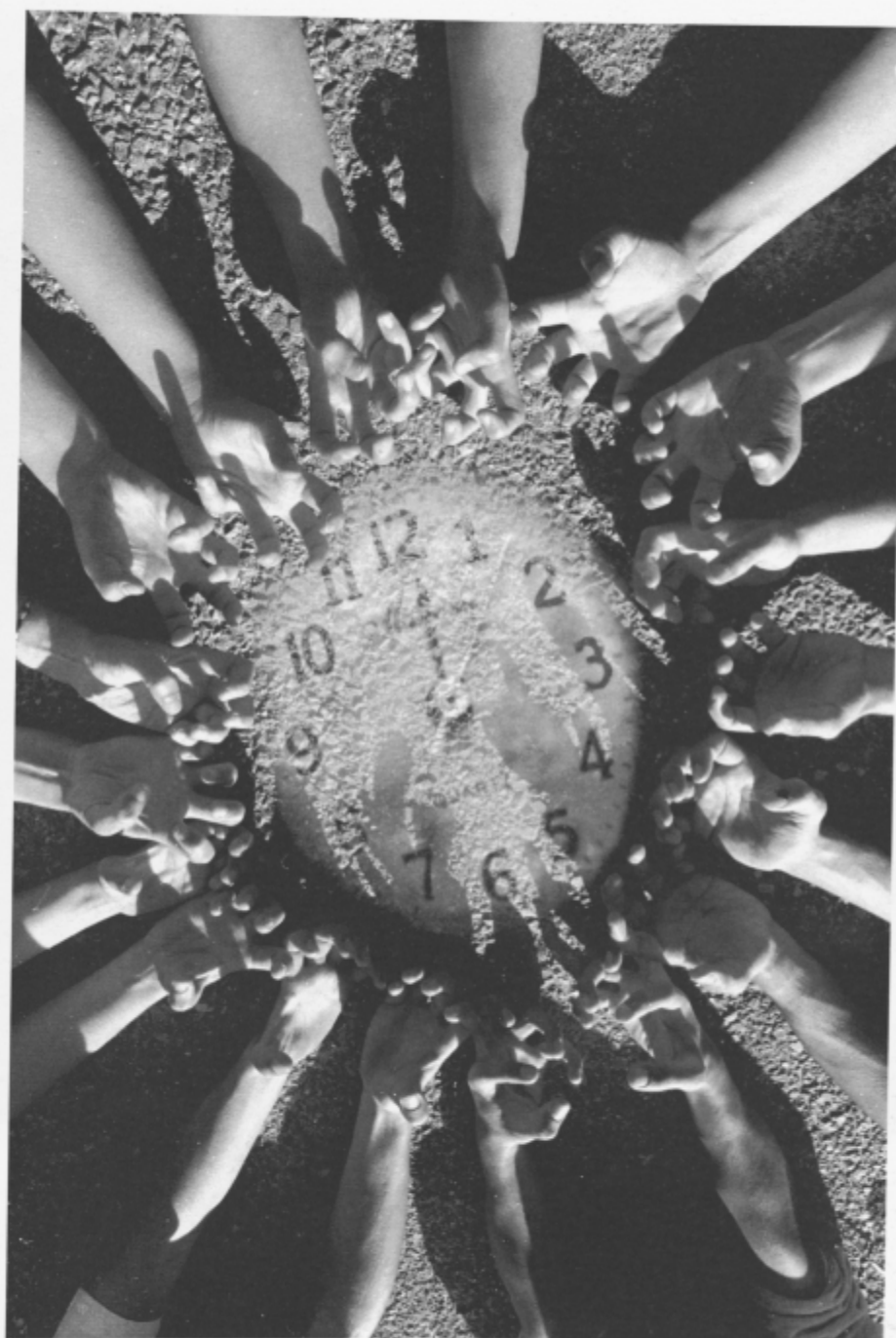
La cronología del tiempo



Edición de 1974







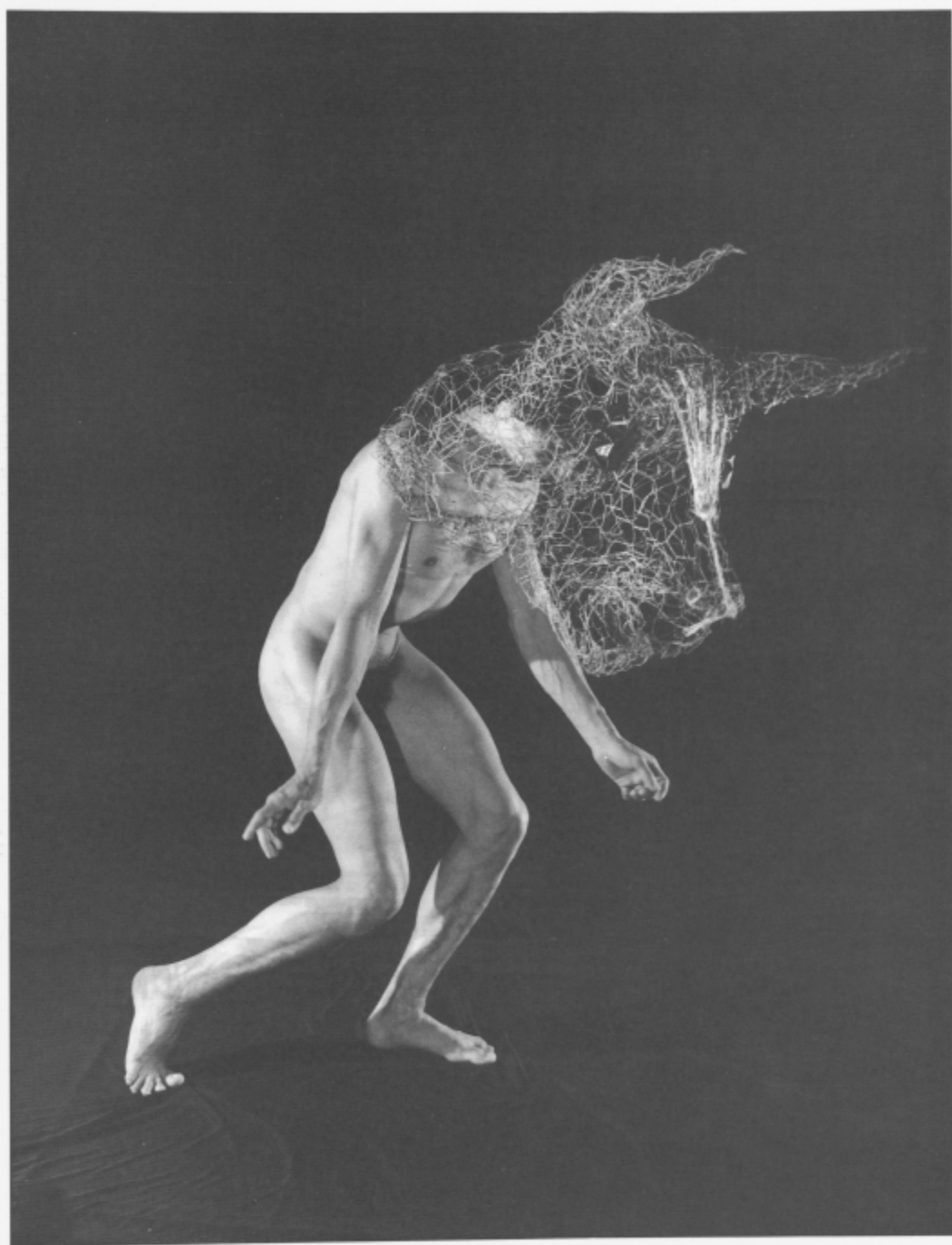


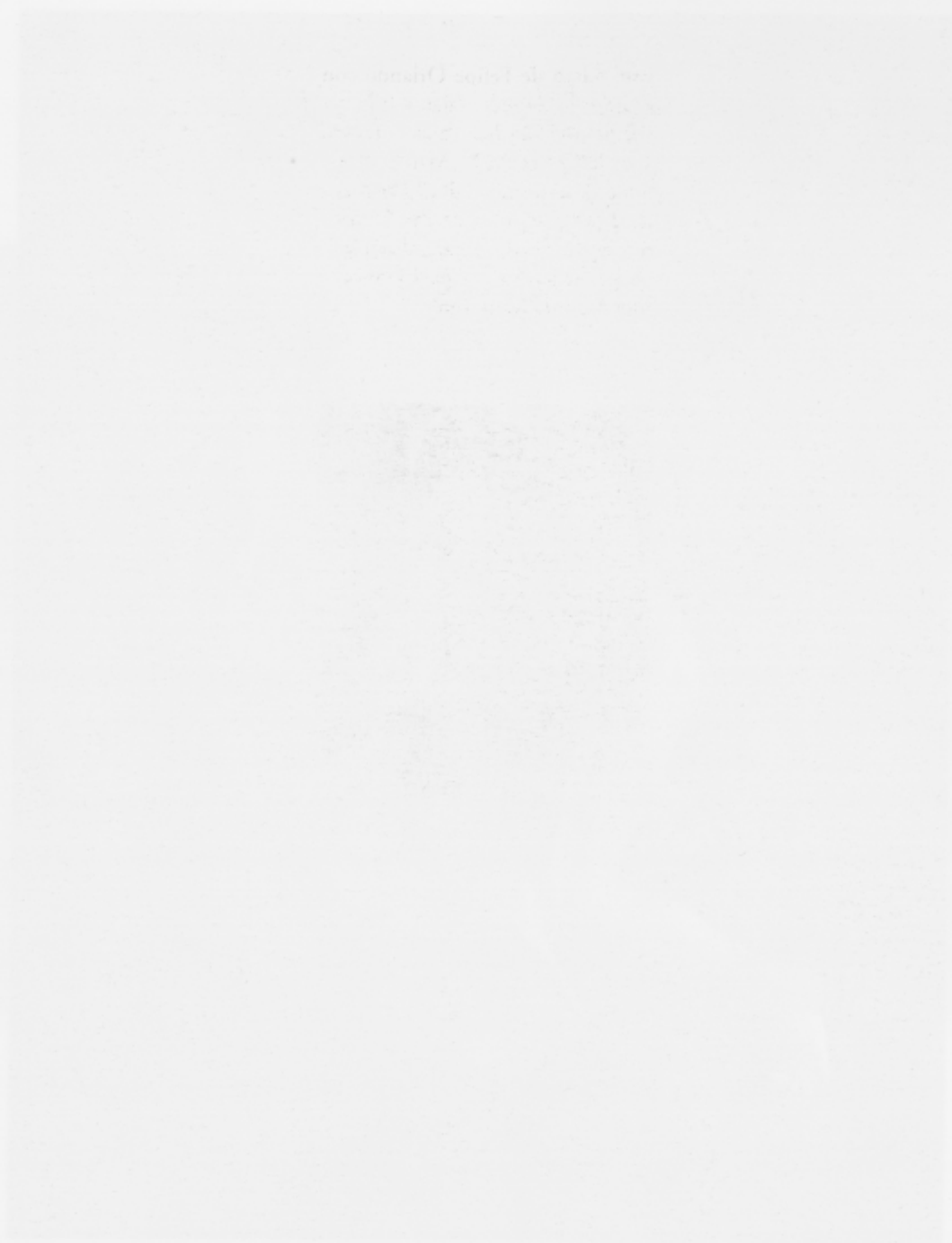












Este relato de Felipe Orlando con prólogo de Alfredo Taján y fotografías de José Sánchez Ponce, número 1 de la Colección La Marea, se terminó de imprimir el día 30 de mayo de 2000, festividad de San Fernando, según diseño y bajo el cuidado de Lorenzo Saval, Miguel Gómez y José Antonio Mesa Toré.





PONCE AL DESNUDO

No cabe duda que a Ponce le va la marcha: la marcha atlética. Pudo Ponce llamarse José Sánchez y ser maestrillo con sus librillos, incluso con sus librillos de cuentas, pero en vez de marchante de ideas decidió ser marchador de imágenes. Desde entonces, con su dorsal a cuestas —el uno, claro, el uno—, marcha y marcha siempre Ponce allí donde tenga algo que ver:

—¡Cómo es que no fuiste a mi Exposición!

—¿Estaba Ponce allí?

—Pues no.

—Pues no merecía la pena.

Tuvo José Sánchez la posibilidad de ser J.S., o sea un juez supremo o un jodido señorito sin arte ni partes, mas resolvió echarle *pes* a la vida y reencarnarse en P.P.P. Y así, de las mañanas a las noches, se convirtió PePePonce en el padre putativo de la poesía, y en el de la pintura, y hasta en el de la escultura paranoica (que es la cultura que se hace con los pies). Y en el padrastrito pétreo de los perorantes, y en el de los pelmazos, y, en suma, en el personaje presente en todos los peligros públicos.

Sin embargo, en sus ratos libres, que son todos y ninguno, el marchador a machamartillo Ponce se pone quieto y parado, se convierte él mismo en instantánea, y entonces fotografía desnudos a través del rabillo de su ojo cojo. Pasa, en horas veinticuatro, de lo público a lo público, y es cuando en las distancias cortas uno se la juega con Ponce. Otra cuestión de *pes*.

Porque, de una vez por todas, debe saberse que Ponce, el marchador de los pies ligeros, no tiene un pelo de tonto. Aunque tenga el cráneo tan desnudo como los hijos de la mar que lo parió.

JAVIER LA BEIRA